

Leg⁹

cuaderno 1

~~M. 51~~

Influencia de la rason en la hist^a med.^{ta} el arte

moral

746

31

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746

EL PROGRESO INTERNO DE LA RAZON

MEDIANTE EL MÉTODO CIENTIFICO,

Y EL DE LA LIBERTAD

MEDIANTE EL ARTE MORAL,

INFLUYEN EN LA HISTORIA, SEGUN CRECE EL RESPETO DE LOS HOMBRES AL

DICTÁMEN DE LA RAZON Y AL DICTADO DE LA CONCIENCIA.

UVA. BHSC. LEG.09-1 nº0746

HTCA

U/Bc LEG 9-1 nº746



1>0 0 0 0 2 9 4 3 7 9

EL PROGRESO INTERNO DE LA RAZON

MEDIANTE EL METODO CIENTIFICO

Y EN LA LIBERTAD

MEDIANTE EL ARTE MORAL

INCLUYE EN LA HISTORIA, SEGUN GREEK EL RESPETO DE LOS HOMBRAS AL

DICTAMEN DE LA RAZON Y AL DICTADO DE LA CONCIENCIA.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746

DISCURSO

LEIDO

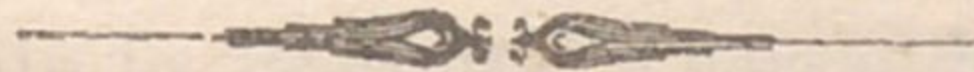
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

D. FEDERICO DE CASTRO Y FERNANDEZ,

abogado del Ilustre Colegio de esta corte,

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS.



MADRID, 1861.

Imprenta de Miguel Arcas y Sanchez,

Barco, 20, bajo.
UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746



EXCMO. É ILLMO. SR.:

El que atentamente considera el malestar y las numerosas limitaciones que aquejan á la sociedad presente, halla, sin gran esfuerzo, que aquel y estas tienen muy principal origen en la escasa estima que el dictámen de la recta razon alcanza entre el gran número, menosprecio insensato que dejando á la ciencia sin unidad ni verdad, y sin regulador á la vida, lleva á entrambas por estraviados senderos, gasta las fuerzas de los mejores en estériles luchas, y ora nos precipita al través de encontradas corrientes, ora nos detiene pasivamente asidos á la tradicion ó á una fe negativa renegando de lo presente y cerrando el corazon y los ojos á lo porvenir, ora, por último, traduciendo en una fantasía engañosa el presentimiento mas generoso que, razonado de una armonía y mejor estar venidero, hace que busquemos la salvacion del mal que nos aflige en vanas utopias, frutos inmaturos que producen en seguida nuevas luchas y nuevo desaliento.

Esta enfermedad con todas sus consecuencias no afecta exclusivamente á ninguna escuela, ni á ningun hombre, sino que radica en la historia de todo el período científico próximo á desaparecer, y en la mirada parcial y juicio in-

completo que la conciencia científica y la comun dirigen y formulan sobre él y sus relaciones con los períodos venideros de la historia.

Es la segunda edad humana, época de formacion y de lucha. En ella aparecen aislada y sucesivamente todos los miembros que han de constituir despues el organismo total de la vida; pero cada parte pretende absorver la vida del todo, cada pensamiento esclusivo ser centro de todos los demás; y aunque incompletos y carentes funda cada uno sus títulos á la suprema soberanía en la limitacion ajena olvidando la propia. De aquí que una crítica parcial y preocupada, mas atenta á mirar la imperfeccion de la obra que la obra misma, y que toma lo pasado de la historia por la historia entera, niegue el bien hecho y los condene á todos, como el que para disipar las sombras comenzara por apagar la luz.

Mal es este que exige pronto, urgentísimo remedio. La sociedad no puede permanecer en un estado previsorio; y si la Moral ha de ser algo mas alto que el móvil interés del momento, es necesario que todos contribuyamos en la medida de nuestros medios á una rehabilitacion moral que no puede cimentarse firmemente sino en una rehabilitacion de la ciencia.

Para preparar y alcanzar este noble fin, todas las fuerzas sanas deben ser empleadas. De todas partes se anuncia que el hombre no trabajará solo en esta empresa, sino ayudado por las leyes eternas de la naturaleza y de la historia, y por la Providencia Divina, autora de estas leyes. Los que niegan la razon razonando su condenatorio juicio, autorizan los mismos principios que combaten; los que, bajo encontradas ideas, marchan sin rumbo cierto, aclaran cada dia mas en lucha ardentísima la verdad á la luz del error parcial é imperfeccion que sus principios encierran; y los primeros ensayos de organismo que por do quiera se anuncian, frutos arrancados sin sazon del árbol de la ciencia, prome-

ten sin embargo para en adelante abundantísima cosecha.

Nunca tampoco con mas poderosos títulos aspiran las ciencias, y la ciencia fundamental de todas, la Filosofía, á esta direccion superior sobre la vida. A costa de esfuerzos gigantescos, que no tienen igual en otra época, y á los que se asemeja en algun modo en Grecia el período socrático, ha se levantado á la fuente misma de donde toda ciencia y realidad emanan, ha reconocido en la idea de la realidad absoluta la idea de las ideas, el arquetipo de la realidad, que luce ante la razon, como el sol ante los ojos, los principios inmutables de la naturaleza y de la vida, las leyes que rigen las ideas y los hechos, y armonizando bajo esta mas clara y alta luz seculares oposiciones de sistemas é instituciones, y completando antiguos vacíos de la ciencia con miembros nuevos (Filosofía de la Historia), cada uno de los cuales bastaria para inmortalizar á un siglo, ordena y utiliza para lo porvenir todas las conquistas anteriores, desechando solo lo que habia en ellas de parcial y negativo. En este renacimiento novísimo de la idea científica, nuevas y vastas regiones, antes oscuras, se iluminan para nosotros en todas las regiones del espacio; márcanse cada vez mas y se circunscriben los límites naturales de cada ciencia y esfera de la vida, y se alejan los peligros de colision y confusion entre ellas: la voluntad individual, solicitada de todos lados, en nuestro tiempo, por fuerzas opuestas, adquiere cada dia, en esta misma lucha, y en el profundo sentimiento de nuestra dignidad intelectual y moral, una vista mas clara de su destino y nueva energía para subordinar al motivo de obrar el bien por su pura bondad los motivos segundos que la limitan, los egoistas que la aislan y menguan, los sensibles que tienden á pervertirla y esclavizarla.

Este desarrollo científico no puede quedar encerrado en la conciencia de los individuos. Las leyes de la razon, siendo como son absolutas, universales, necesarias, no caben,

una vez aclaradas á nuestros ojos, en el espíritu que las reconoce; se derraman como torrente luminoso por todos los espíritus, cunden largamente de generacion en generacion; de ideas que son hoy, se trasforman mañana en hechos é instituciones, en hábitos, prácticas, creencias, que no se deja arrancar la humanidad, á lo menos hasta que ideas mas altas que encierran en sí la bondad de las primeras y la propia además, se han probado á la vez en la ciencia y en la vida.

Hoy que, sentados por el pensamiento filosófico del último medio siglo los cimientos, y trazado con mano segura el plan de la nueva obra científica que deberán ejecutar los venideros, observamos con grata sorpresa levantarse el edificio, marcarse los nuevos compartimientos y límites, y relaciones vivas entre todas las ciencias, trabajar cada hombre y cada escuela en construir la esfera científica que le toca con tan vivo, entero y perseverante entusiasmo, como si del todo se tratara, y como si por primera vez la humanidad comenzara á indagar y saber, buscando con ardiente afán todas las regiones, aun mínimas de la vida, para hallar su idea íntima y sujetarlas á ley de razon y disciplina sistemática, y relaciones simples y compuestas, hoy es permitido esperar que el renacimiento filosófico funda y fecunda verdaderamente el renacimiento científico, para preparar, mediante este, un desarrollo mas conforme á razon y verdad, que nos acerque mas á nuestro destino, y alivie en parte, ya que no cure del todo, lo cual solo á Dios toca, las enfermedades intelectuales y morales de nuestro tiempo.

Ahora, pues, mas que nunca conviene estudiar profundamente las leyes biológicas de la razon, si no queremos que una direccion torcida nos conduzca á errores trascendentales, ó que, intentando ahogarla ó comprimirla, ocasionen en ella un desarrollo anormal y vicioso que lo trastorne todo. No está en la mano del hombre despojarse de la naturaleza que de Dios mismo recibió, ni cambiar por su in-

terés ó su capricho la marcha armónica de los séres. El que intenta detener una fuerza fundamental, acaba, y de ello es testigo la historia, por ser arrastrado por ella; pero ¡cuántos males su temeridad no produce antes!

Intentamos, muy lejos de nosotros la vana pretension de conseguirlo, mostrar que *el progreso interno de la razon mediante el método científico, y el de la libertad mediante el arte moral, influyen en la historia, segun crece el respeto de los hombres al dictámen de la razon y al dictado de la conciencia.* Si de esta consideracion resulta arraigar mas y mas en nuestro espíritu el santo respeto que la razon merece como órgano de la verdad, y, subordinadamente á aquella, el que exige la conciencia moral en que se manifiesta aplicada á la vida de individuos y pueblos; si conseguimos llamar vuestra atencion hácia la necesidad de una educacion sana, acertada, gradual, que haga conocer al espíritu humano su dignidad al par que sus límites, consecuencia serán estas, sinceramente lo confesamos, que serán debidas mas á vuestra ilustracion, que á nuestro trabajo (1). Procurando hoy señalar con la historia del pasado el alto lugar que la razon y la conciencia merecen y la dignidad humana exige, solo pretendemos cumplir con el deber que tiene todo hombre de respetar y hacer respetar su buena naturaleza, y á Dios en ella.

Todo sér, en cuanto es, tiende á manifestar su naturaleza en una vida conforme á ella, y juntamente armónica con la de todos los séres. Desde Dios, cuya inteligencia suprema lo ordena todo, y cuya voluntad santa realiza el bien infinita y eternamente, hasta el átomo de arena perdido en el desierto, ó la gota de agua que escapa á nuestra vista, todo lo

(1) Ocasion es esta de mostrar nuestro reconocimiento por las sabias lecciones que de todos los profesores de la facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad y de algunos de la de Sevilla hemos recibido. No creemos deber citar el nombre de los que aun viven, pero nadie nos tachará si consagramos un recuerdo espreso á la memoria de los Sres. Lozano y Contero, que ya murieron.

que es manifiesta de algún modo su esencia, vive; pero solo Dios, como sér absoluto é infinito, lo condiciona todo sin ser por nadie condicionado; toda vida finita es condicionada por otra vida; todo sér da y recibe de los otros los medios necesarios para su existencia y desarrollo en la armonía del Universo. La Naturaleza ofrece al espíritu asunto concreto de consideracion y estudio, el Espíritu lleva á la Naturaleza la libertad é idealidad que no permite la continuidad solidaria material de sus individuos, y la humanidad, sér compuesto de aquellos contrarios, y mediador natural entre ellos, recibe en la fantasía mediante los sentidos el mundo físico, mientras con el genio del arte sale á luz y grava en la Naturaleza el ideal eterno del Espíritu. Los séres finitos, los naturales como los espirituales, se condicionan á su vez, cada uno con los demas de su género y todos con los del género opuesto: la planta necesita de la atmósfera, de la tierra, del mineral, de la mano del hombre; y el hombre, la atmósfera, el mineral, la planta, no serian concebibles ni posibles si el Sér de los séres no les prestara la condicion suprema, inmanente, continua, de su Providencia bienhechora.

Si pues el espíritu en la razon, esto es, en la unidad esencial de su inteligencia y en la de su inteligencia con su libertad—la conciencia—es algo real y sustantivo, tiene el derecho y el deber de la vida, vida propia, espontánea y libre, segun su naturaleza, vida además relativa y armónica, segun la naturaleza de todos los séres. Porque si la naturaleza y vida del espíritu, aunque en su género la única, y respecto á todo individuo de este género infinita, es finita ante Dios, y regida por sus divinas leyes, se sigue que la vida del espíritu es condicionante y condicionada, influyente é influida en la vida universal. Dios nunca niega á la razon las condiciones necesarias de su vida; para su alimento y desarrollo nos muestra en la naturaleza con prodigiosa riqueza y variedad, pero con unidad profunda, plantas,

animales, islas, continentes, mundos en proceso análogo con el desenvolvimiento de las ideas en el espíritu: verdad luminosa y fecundo venero de armonía en todas las esferas de la ciencia y de la vida. Pero la ontología y la historia nos enseñan también que bajo estas condiciones, que se cumplen eterna é infaliblemente en todo lugar y tiempo, hay otras que dependen de la libre voluntad de otros hombres, y que solo entrañan por su naturaleza una necesidad moral, aunque esta necesidad es mas autorizada é imperiosa á medida que la conciencia adquiere mas clara luz de sus derechos y de sus deberes. Solo respeta el derecho el que lo conoce; solo cumple su deber el que lo sabe. Síguese de aquí, en tésis general, que la vida racional y la libertad moral, que es su consecuencia y espresion esterna, son mas comprensivas, están menos sujetas á accidentes y ejercen por tanto una influencia mayor en la historia, segun que el dictámen de la razon y el dictado de la conciencia son mas respetados por mas conocidos.

Pero la historia de la razon se manifiesta en el sentido comun y en la vida científica. Y si hemos de ver cómo el progreso determinado por el método científico, que determina á su vez la libertad mediante el arte moral, influye en la historia humana entera, necesario será que echemos previamente una ojeada—siquier sea breve—sobre la naturaleza de la razon, y estudiando luego los estados sucesivos en que se manifiesta en el individuo, tendremos así un ejemplar finito pero verdadero y semejante al todo de su género, que nos podrá servir de brújula y derrotero cuando nos lleve nuestro asunto á mas importantes y difíciles consideraciones.

No entendemos aquí por razon una facultad especial y vacía de conceptos sostenida en las otras como péndulo que ordena ajeno movimiento, sino el espíritu mismo en la unidad real, viva, inteligente de todas sus facultades y estados, y sobre ellos, en el carácter imborrable de mediador

y regularizador de toda su actividad intelectual; y en cuanto al objeto, en la facultad de conocer la realidad en su unidad objetiva y en sus relaciones positivas y armónicas. Si comparamos la razón con las otras fuentes de la actividad pensante, la hallamos como la fuente y criterio y conclusión de todas. Por el sentido y la fantasía percibimos solo conocimientos individuales, ya pertenezcan al mundo, exterior para nosotros, de la Naturaleza, ya al más inmediato del Espíritu. El entendimiento nos suministra nociones abstractas que, aunque más comprensivas que aquellas, descansan todavía en los datos de la experiencia; solo por la razón nos libertamos del egoísmo individual, penetrando en las leyes eternas que presiden á toda existencia, y podemos levantarnos al reconocimiento del principio absoluto de la realidad y la verdad, en el que y bajo el cual podemos comprender el encadenamiento y solidaria unión de todos los seres. Mediante estos conceptos da la razón á las otras facultades base y verdad, sin ella, sin la idea de ser, ¿qué serían las percepciones sensibles sino mentirosas y fugaces apariencias, y las nociones del entendimiento no apoyándose más que en el hecho observado, qué serían sino abstracciones arbitrarias sin aplicación, puro vacío, puro nombre?

Estos conceptos primarios y reguladores de la razón escenden á la conciencia puramente personal como universales, eternos, necesarios que son, independientes de todo tiempo y lugar y concepción particular llevan consigo su verdad ontológica; sin ellos, todo sacrificio personal de nuestro pensamiento, de nuestro sentimiento, de nuestra vida, sería inexplicable, y la ciencia no podría pasar del fenómeno. La comunicación entre los hombres de todos tiempos y el desinterés con que, aun á riesgo de su existencia y de su fama, á una idea pueden y deben consagrarse, indican, por el contrario, en todo espíritu algo de común y permanente y no personal. Este elemento

absoluto y universal, este poder impersonal, es la razon (1).

Pero la razon, impersonal en su fundamento y ley, es, sin embargo, personal en cada hombre (2). Una y la misma realidad, una y la misma idea se manifiesta en todos los seres creados, que solo bajo esta condicion son y viven en la armonía universal, pero se manifiesta de una manera infinitamente determinada y peculiar en cada uno. Como el espacio está en cada una de las figuras, como la naturaleza se manifiesta en todas sus leyes en cada cuerpo físico, y el espíritu en cada individuo inteligente y en cada acto racional, y sin embargo ninguna figura es el espacio, ningun sér natural es la naturaleza, ninguna idea ni sentimiento es el espíritu, sino que cada uno, aparte de su existencia y modo de relacion en el todo, tiene su existencia y modo de sér peculiar y propio, así igualmente todos los seres son y viven y se sostienen con verdad en un mismo principio real, bajo una misma ley absoluta, pero este principio no es ningun sér finito, ni tampoco la reunion de muchos ó de todos, sino que lo concebimos sobre todos ellos como tal Sér uno, infinito, absoluto, y en esta relacion le llamamos Sér Supremo, Principio y Ley suprema de toda realidad y toda vida. Y como este principio dá sér, fundamento y verdad, crea y constituye segun ley y relaciones eternas la naturaleza, el Espíritu y la Humanidad—el compuesto de ambos—cada uno de ellos único é infinito en su género, porque no hay mas que una indivisible esencia espiritual, ni mas que una esencia y ley natural, ni mas que una Naturaleza humana, de la misma manera y bajo idéntico principio de individualizacion se manifiestan estas unidades fundamentales y primarias del Universo cada una en seres naturales,

(1) Tiberghien. Essai Théorique et Historique sur la génération des connaissances humaines, pág. 109.

(2) La raison est comme un grand océan de lumières; nos esprits son comme dès petits ruisseaux qui en sortent, et qui retournent pour se perdre. Fenelon. Télémaque, lib. II.

en espíritus particulares, en individuos humanos (1). La razón es, en cada espíritu, el órgano de la verdad (2) eterna, el rayo de la Divinidad (3), la voz de sus inmutables santas leyes (4); pero no rayo ni voz que viene como de fuera y á distancia de otro hombre, sino como raíz y carácter íntimo de nuestra naturaleza, como nuestra propiedad constitutiva inajenable, individualizable como toda propiedad (5); que poseemos tanto como somos poseídos de ella; que nos obliga tanto como nos pertenece; que es á la vez nuestro mas alto derecho y nuestro mas santo deber. De este profundísimo y misterioso modo se comunica la razón divina á nosotros, y es á la vez en nuestra conciencia personal é impersonal, individual y universal. En los seres individuales concurren, si vale decir, dos elementos, uno infinito, otro finito; el infinito como idea, ley y causa eterna; el finito como determinación *interiormente* limitada, concreta, individual de la actividad de la causa. Si prescindimos en los seres finitos del principio infinito, pierden aquellos al punto su razón de ser, su verdad interna, su ley de relación en el Universo, como si de improviso se hundiera bajo nuestro país el suelo que

(1) Il font savoir combien est général cet analyse de la raison, ce chef de œuvre philosophique de Fénelon qui voit dans ce foit complexe deux élémens, l'un qui est Dieu, l'autre qui est nous Gratry philosophie de la Coness. de l'âme, I.

(2) Tout le créé est un spectacle que cherche á Dieu, et la raison est un regard que comprendre l'espectacle qui cherche Dieu et que voit Dieu. Elle voit Dieu dans toute la nature corporelle vestige de Dieu, et elle voit Dieu dans l'âme image de Dieu. Elle cherche cet unique principe, cet unique fin. Ivid., pág. 350—351.

(3) Videntes Deum omnia simul vident ipso. Div. Thom. adversus gestes. Lib. III.

(4) Ἔστιν ἡ νοησις νοησεως νοησις. Arist. Metaph. I XII.

(5) Toutes les créatures dit admirablement le père Berthier l'œuvre de vos mains quoique tres distingués de vous son toujours en vous, et vous êtes toujours en elles. Le ciel et la terre ne vous contiennent pas puisque vous êtes infini, mais vous le contenez en votre immensité. Vous êtes le lieu de tout ce qui existe, et vous ne êtes que dans vous même. De Maistres., tom. II, pág. 167—199—200.

BHSC. LEG.09-1 n 0740

pisamos, ó el aire se retirase de nuestro pulmon, ó la luz de nuestros ojos: la ciencia de lo finito acabaria en aquel punto como la ciencia del espacio, y la demostracion de cada figura cesaria en el punto que dejáramos de suponer el espacio infinito en su género, infinitamente divisible, limitable hácia dentro, continuo y demás. Se sigue de aquí que todo sér y vida finita, y el espíritu racional asimismo funda su valor intrínseco y mérito permanente en realizar dentro de su límite y sucesivamente la esencia y ley eterna de los séres; y esto es precisamente lo que llamamos vivir y vida, cuya forma continua es el tiempo.

Esta deduccion podrá aclarar, así lo creemos, el doble carácter que á la razon hemos asignado, y nos evitará las erradas consecuencias que podrian resultar de considerarla solo en uno de estos dos sentidos, porque si la razon es solo personal, que no se nos hable de ley, dé certeza ni de verdad; si solo impersonal, es una potencia abstracta, vacia, sin determinacion individual: el individuo humano, tal como nos lo muestra la conciencia, es inconcebible é inesplicable.

Pero en cuanto la razon pertenece como facultad característica al espíritu humano, ha de participar de su vida; y pues la vida de un sér es la espresion particular y sucesiva de su esencia, la realizacion de su naturaleza, consideremos cuál es el sér del espíritu. Este se nos manifiesta en todos sus actos como distinto de la naturaleza—su opuesto relativo—precisamente en una cualidad que es fuente de todas las demás: en la libertad (1), como solemos decir, ó, mejor, en la espontaneidad con que procede de su propia virtud é intrínseca energía á todos sus actos y á cada uno, obrando cada vez segun propia idea y actividad, sin necesaria prede-terminada sujecion á otros actos ó ideas. El espíritu efectúa siempre lo que adquiere por su propio esfuerzo; no se liga,

(1) La au ne voi pas la raison je ne voi pas la liberté. Ividem, tomo 1, pág. 386.

como la Naturaleza, á la obra comenzada; puede emprender un camino, abandonarlo y tomar otro nuevo; puede cultivar especialmente una de sus facultades y abandonar las otras; puede á cada momento cambiar de rumbo y de sistema; puede abstraer de lo concreto y juntar las abstracciones, analizar y sintetizar alternativamente. El espíritu, es, pues, libre, porque la libertad consiste en obrar por sí y de su propia causalidad aquello que se obra. Aislando los seres del todo en que están, puede caer en el error, y todo error hecho patente lleva consigo, hasta hoy, el mayor aun de hacer negar la parte de verdad que envuelve. De ahí tanta vista parcial, tanto torcimiento, tantos sistemas comenzados, abandonados y vueltos á reconstruir. Este mal hijo de la propia limitación no está, si embargo, sin correctivo; el error mismo es á su modo ocasión de adelanto—lo demostraremos luego—y puede y debe ser destruido; á cuyo fin camina la historia de la razón ayudada en parte por la luz de las ideas eternas y el resultado de los hechos sucesivos de la vida.

La razón—así aparece al hombre maduro en el estado normal de su desarrollo—contiene en sí en forma de conocimiento todo lo que es esencial y permanente en las cosas, no se limita á esta esfera y niega aquella, no afirma lo real contra lo formal y lo existente, lo superior contra lo inferior, lo personal contra lo humano, sino que todo en cuanto es esencial y legítimo, se encuentra en ella reconocido y orgánicamente enlazado. Solo así puede dar á todo conocer fundamento, á toda actividad ley, y en lo tanto ser de nuestra conducta directora y soberana como la razón suprema lo es de la creación entera (1).

De todo lo dicho se infiere que cada razón individual

(1) Como se puede decir que la razón es una revelación natural de que Dios es el autor, como lo es de la Naturaleza, se puede decir también que la revelación es una razón sobrenatural, es decir, una razón extendida por un fondo de descubrimientos ema-

ha de tener su desenvolvimiento propio; pero la razon no es el hombre todo, sino que á su lado se encuentran otras facultades que funcionan y caminan con propia, aunque subordinada actividad, que reclaman tambien su derecho propio, que influyen y son influidas por ella.

Las facultades del hombre como sér de armonía reunen orgánicamente, aunque en ejemplar finito, todas las fuerzas que en los diversos séres del universo se encuentran esparcidas. Su cuerpo, cada uno de cuyos miembros es un objeto inagotable de estudio, que rehabilita cada dia mas su dignidad, en otro tiempo negada ó mal conocida, reasume en sí los procesos de la Naturaleza toda. No son sus sentidos puras pasividades, tablas rasas en que se graban las impresiones que nos vienen de fuera, sino aparatos sábiamente dispuestos, que pueden reproducirlas por sí, á la manera que la varilla del pararrayos reproduce la electricidad de la nube. El ojo no es un cristal que se ilumina, sino un foco de luz; el olfato y el gusto no son simples recipientes de los cuerpos, sino organismos vivos de numerosos procesos quimicos á su contacto; el oido produce sonidos con relacion á vibraciones estrañas, y á veces sin ellas. Todas las energías y procesos físicos tienen en el hombre modelos que imitar: los músculos y los huesos ofrecen al mecánico los mas acabados de palancas, de poleas y de toda especie de máquinas. El que se dedica al estudio de los líquidos halla en las arterias, en las venas, en los vasos linfáticos y quilíferos un sistema inimitable de canalizacion; las Matemáticas hallan curvas, cuyas propiedades aun no han sido estudiadas; la Química se encuentra con un mundo nuevo é inabundantemente de Dios; pero estos descubrimientos suponen que tenemos el medio de discernirlos, que es la razon misma, y quererla proscribir para hacer lugar á la revelacion seria arrancarse los ojos para ver mejor los satélites de Júpiter con el telescopio Leibnitz. Nuevos ensayos sobre el Entendimiento humano, lib, iv, cap. 15.

gotable cuando pasa de sus combinaciones inorgánicas al exámen de los procesos de digestion, de respiracion y aun de los subordinados de la produccion del sudor y de la biliar. ¡Y cuánto mas difícil é importante no es todavía la explicacion de los fenómenos nerviosos que parecen revelar union tan íntima entre todos los organismos y procesos que la ciencia todavía no se atreve mas que á presentir!

Al lado y como unido y superior al cuerpo existe en el hombre otro sér conscio de sí; el alma, que le introduce en el mundo de los espíritus, como aquel le hace vivir en comercio recíproco con los cuerpos. Mírase tambien en el alma como en clarísimo espejo toda la Naturaleza reflejada en la fantasía, pero una naturaleza mas libre, mas pura, menos condicionada, mas artística, y otro mundo nuevo tan individual como aquel, pero que no tiene análogo fuera de sí, del que nos reconocemos creador é inventor único; y todavía el entendimiento sabe abstraer de los hechos observados nociones comunes, y la razon, cambiando su mirada de la tierra al cielo, penetra mas adentro del fenómeno la esencia misma de las cosas y las leyes permanentes que las rigen, y se atreve á levantar la vista á las ideas absolutas, á los tipos ejemplares de la vida que encierran los principios eternos para la conciencia, los fines últimos para el destino humano.

Como el conocimiento nos lleva á distinguir el objeto de nosotros, por el sentimiento nos unimos con él como partes de un mismo todo, y crece nuestro amor á los séres al compás que el conocimiento crece, hasta que el sentimiento de Dios purga á los otros de toda impureza, y les dá el asiento y órden debidos; y la voluntad interesada por este y esclarecida por aquel, se emancipa cada vez mas de los motivos inferiores que le impulsan á obrar; se hace mas libre, moral, virtuosa, santa, imágen en la tierra de la voluntad del padre que está en el cielo. Estas facultades no agotan sin embargo al hombre, que se reconoce todavía sobre ellas como

UVA. BNSC. EEJ. 09-17-0746

el actor uno, indivisible de sus estados temporales, y como la potencia general, permanente de sus actos, y sobre estas mismas diferencias é internas relaciones, como el Yo uno, idéntico, sustantivo, personal, imágen viva y verdadera, aunque limitadas de la unidad, sustancialidad infinita absoluta de Dios. El individuo humano es, pues, el pequeño mundo, el *microcosmos*. Y como dentro de él todas sus fuerzas viven y se condicionan por toda su historia, y como estas, limitadas de todos lados, no manifiestan su esencia de una vez sino en estados sucesivos, temporales, en que las leyes de la vida se realizan, síguese de aquí que bien podemos ver en este modelo individual de la humanidad cómo el desenvolvimiento de la razon crece en influencia segun crece el respeto que á su dictámen profesamos y nos hace mas libres cuanto mas sujetos á la ley.

Cierto es que aun el desenvolvimiento del individuo humano no se completa en esta morada; cierto es que esperamos confiadamente un mas allá mejor, y aunque la historia terrena es desigual en cada época y en cada hombre; pero, ¡cuánto mas incompleta no es todavía la de la humanidad! Sus anales nos muestran donde quiera el sentimiento llevado hasta la devocion mas pura en individuos privilegiados, algo menos frecuentemente, en verdad, otros que subordinan al pensamiento divino su voluntad, su inteligencia y sus sentimientos, filósofos y santos; pero ¡cuánto distan aun las sociedades parciales y la sociedad entera de semejante grado de perfeccion!

Como el químico verifica en su laboratorio las leyes de la composicion y de la descomposicion de la materia que acaso una vida entera de observacion no alcanzaria en la Naturaleza, del mismo modo el jurista y el que estudia la Filosofía de la Historia encuentran en sí mismos leyes de vida y de derecho no realizadas aun en la humanidad completamente, y aun en las que lo están una claridad nueva. Los sucesos que interesan á todo el género humano y las relaciones que

se establecen entre sus esferas interiores, ni pueden ser siempre debidamente apreciadas por aquellos que las escriben, ni siempre bien comprendidas en una época dada, mientras que en su memoria y en una conciencia esclarecida halla cada uno mayor certeza en los hechos y seguridad en el juicio; y si estos fundamentos no bastaran para justificar nuestro propósito, ¿podríamos escusarnos de aquilatar la verdad de nuestra tesis en la manifestacion mas inmediata de la razon y de su influencia en el organismo mas intimo?

La razon, como la parte mas principal de la naturaleza humana, acompaña en estados normales ó anormales á todo sér inteligente y libre; pero la razon científica, como grado superior en la vida misma de la razon, no aparece sino en edad muy adelantada.

El hombre consta de cuerpo y espíritu; el cuerpo pertenece á la Naturaleza y esta no puede interrumpir un momento la obra comenzada, mientras que el Espíritu halla siempre para sí tiempo y espera. De ahí que las necesidades materiales, tantas y tan urgentes en nuestra infancia, nos lleven al mundo exterior con preferencia, y de que procuremos atesorar hechos, por lo menos, bastantes á esplicarnos lo que sucede en la mayoría de los casos; solo cuando hemos podido libertarnos en parte de su inmediata dependencia volvemos á nosotros, y recogidos en la conciencia podemos reconocer las leyes y los principios, y con esto levantarnos á una mas alta construccion científica.

¿Pero cuándo sucede esto? En la primera edad el niño nace y crece en la Humanidad como la semilla en el seno de la tierra. De aquella recibe su primer alimento, y su espíritu se une en sus primeros pasos al espíritu que le rodea y protege; véñese sus facultades confundidas en una unidad embrionaria; nada hay todavía que revele su carácter propio; su voluntad obedece al primer impulso, ya elevado, ya material é interesado, y de ahí esa mezcla de determinaciones, ya egoistas, ya generosas que con tanto poder nos interesan

Como los albores de un cercano día. Pero bien pronto la naturaleza del espíritu aparece, atraída por la variedad y belleza del mundo que le rodea, dirige á él toda su actividad, y caminando de descubrimiento en descubrimiento, y de goce en goce en medio de espectáculos siempre nuevos, olvidase de lo que es y de sus relaciones superiores, y llega á pensar que solo lo exterior existe, y para él. A este estado imperfectísimo del conocimiento corresponden estados sensibles y morales análogos; solo placeres y dolores materiales le impresionan, y solo á satisfacerlos tiende. Su ley es su capricho, todo obstáculo le impacienta y todo lo conseguido le cansa; señal segura de que esta edad, aunque con bondad y belleza propias, es una educacion y no un fin. Los principios racionales aparecen á lo sumo como el asiento del fenómeno, y no caminan sino al par con él.

Surge la segunda edad en serie continua con la primera. Todo lo que estaba en gérmen se desarrolla en órganos y facultades que, ansiosos de expansion, llevan al jóven á los extremos mas opuestos. Con presuntuosa confianza en sus propias fuerzas, no hay senda que no recorra ni estorbo que le pueda parar, y en lo mas llano tropieza y cae. Templado un tanto por el escarmiento el ardor primero, pero con fe no menguada, vuelve á sí y formula su propia esperiencia en máximas que le sirvan de norte y guia en nuevos mares, hasta que, cansado de tan incesante vagar, ó se sienta á los bordes del camino y modera su propio esfuerzo para vivir tranquilo, vejez prematura de que pocos salen, ó descansa un poco para caminar luego, ó herido por la duda y estimulado por sus propios dolores, busca por todas partes el hilo conductor que ha de guiarle en los para él tan enmarañados senderos.

Débiles é incapaces casi siempre sus ideas para contrarrestar la voz imperiosa con que la Naturaleza llama á la actividad del jóven, sigue como fin único el placer, pero acompañado de su ideal infinito pide al goce lo que el goce no le

puede dar. Crisis peligrosísima es esta que conduce á muchos al olvido de sus mas puros sentimientos, mientras que echándose otros en brazos de un indolente misticismo, niegan á Dios al negarse á sí, y cuando se matan se creen salvos. Solo privilegiados espíritus se levantan en nuestro tiempo sobre esta contradiccion á mas alto principio. Y esto consiste en que cada paso que se asciende en esta escala, es mas libre de parte del sugeto y pide de él mayor esfuerzo. Dios, como padre cariñoso, rodea de esquisitos cuidados la cuna del sér que nace; pero apenas sus entreabiertos ojos pueden mirar la luz divina que su razon destella, déjalo que se haga digno por su trabajo de mas elevado premio, y parece abandonarlo cuando mas le da en todas ocasiones direccion y ayuda.

No es difícil comprender que no falten quienes prefieran la paz de los primeros dias al trabajoso mover que les sucede; pero el que no rompa sus ligaduras de niño, nunca llegará á ser hombre.

La mezcla confusa que existia en la primera época se ha aclarado; la individualidad, único modo con que el principio racional era conocido, cede el puesto al principio personal, base mas ancha y mas fecunda; en moral el egoismo es sustituido por el interés de todos; pero la oposicion cada vez mas marcada entre el Espiritu y la Naturaleza, Dios y el mundo, estableciendo el dualismo en todas partes, llevan á pensar una unidad superior en que se resuelvan.

En todo este tiempo, ó, cuando menos, al tocar el punto que le separa de la madurez, no hay ninguno que no procure reducir á unidad los conceptos adquiridos, que no busque un principio de verdad, una ley que esplique las contradicciones, aunque esta ley sea el acaso y este principio la duda; no hay ninguno, repetimos, que no sea mas ó menos filósofo.

Pero este pensamiento filosófico no nace de una vez acabado y completo, como Minerva armada de la cabeza de Júpiter.

pitier, sino que sigue tambien las leyes de la biología, y especialmente las que rigen esta edad. Como en esta, obsérvase en aquel un doble movimiento impulsivo hácia el objeto que dá por resultado el sensualismo y el idealismo, segun mira especialmente á lo vario y fenomenal separado de lo permanente y necesario, ó á este sin aquello; un movimiento regresivo que produce el escepticismo y el criticismo, segun el resultado de la indagacion, y otro compuesto que se manifiesta por los sistemas intermedios y ecléticos, tregua del momento que á nadie satisface, pero que prepara nueva edad.

Pero sea cualquiera el camino que se siga, encuéntrase la voluntad en la práctica, solicitada de un lado por la teoría que se formula, de otra por los hábitos de antiguo contraidos y la esperiencia diaria; y ambos, insuficientes para triunfar, dividen al hombre que, filósofo en el gabinete, olvida su sistema en la casa y en el foro.

No necesitaremos citar muchos ejemplos para evidenciar una verdad de todos conocida. ¿Quién no recuerda á Séneca escribiendo sus austeros libros en los palacios dorados de Neron? ¿A Pirron, el escéptico, huyendo por las calles de Atenas de un perro rabioso, *porque es difícil vencer la naturaleza humana*? En el siglo pasado ¿no han podido conocer nuestros padres á Diderot sosteniendo el catecismo que enseñaba á sus hijos con la misma mano que negaba á Dios en la Enciclopedia? Y, ¿no vemos ahora mismo á materialistas que hablan del alma y respetan su conciencia y son hombres morales, y á místicos que, predicando el anonadamiento propio, parecen mas que penitentes, sibaritas?

Esta escision y fraxionamiento reconoce de una parte la insuficiencia de los sistemas, y esto á tal punto, que su influencia histórica puede servir de criterio externo para apreciar su valor. Se puede ser eclético por mucho tiempo, idealista ó sensualista puro por alguno; no se puede ser absolutamente escéptico ni una hora. Pero al lado de esta con-

sideracion, que reducida á sus justas proporciones tiene un valor real, se presenta otra que naciendo de esta en algun modo y exagerándola luego afirma sus raices en lo que hay de negativo en nuestra naturaleza finita, desconoce la verdad de los conceptos ultra-empíricos é imposibilita ó detiene bienes y progresos deseables y posibles.

De que una escuela ó una serie de escuelas no llenen todas las condiciones científicas ó satisfagan á todos los problemas, concluye atrevida y presuntuosamente á la impotencia de todo esfuerzo racional. Apoyándose en la facilidad con que la costumbre nos lleva á lo antiguo, alhagando nuestra pereza, y ora estimulándonos á deleitarnos en el presente ó á despreciarlo por completo, sonrie indolentemente á todo nuevo trabajo como á hipótesis brillante pero deleznable, propia solo para entretener á niños. ¡Cuántos y cuántos genios no ha detenido este grosero paralogismo en su carrera! ¡Cuántas especulaciones útiles no ha hecho abortar, y cuán pocos son los hombres hasta hoy que hayan podido vencerlo en sí, y vencido, comunicar su triunfo á los demás!

Preciso es decirlo, necesita una voluntad gigante, una paciencia y una devocion á toda prueba el que quiera mantenerse firme y sereno entre los torbellinos de los tiempos y las censuras de la opinion. Mas no es ocasion de ocuparnos de estas circunstancias con que lo exterior influye; aquí, solo á causas internas debemos atenernos, por mas que no sea inútil dejar pendiente esta indicacion para lugar mas oportuno.

Tiende el cuerpo á la tranquila continuidad y al lento suceder de la Naturaleza, apasiónase el sentimiento no bien educado aun de cada estado, forja la fantasía á cada instante ídolos nuevos, la inteligencia pierde la serenidad que asegura el juicio, y la voluntad mas fuerte se fatiga. Andado un paso, no se mira al fin sino al descanso, y la noche legal antes de acabarse la jornada.

Dura es la tarea, largo y penoso el trabajo; pero ni hay mal que deba persistir, ni limitacion que resista la perseverancia. Hácese el bien al principio por el placer inmediato que produce, permite luego la comparacion entre placeres, y á veces desecha el mas cercano por la esperanza del mayor; subordinase luego al interés de todos, y poco á poco y casi sin apercibirnos de ello, la belleza y bondad de lo divino nos apasiona, y lo que antes por motivos externos, ahora por ello mismo desinteresadamente y aun á costa de penosos sacrificios se realiza. Pero esta ley tan natural á nuestra voluntad como al vegetal, aparece sobre la tierra, cúbrese de hojas de flores y de frutos, está en primer lugar determinada por el desenvolvimiento de la razon teórica; á donde no llegamos con el conocimiento, no podemos llegar con la voluntad; de la razon solo es posible sacar medios para mover al sentimiento que se apasiona de lo antiguo, y á la voluntad que lo realiza sin esfuerzo. De ahí que nadie se maraville al ver variar, completarse, *hacerse otro* el sugeto, como el lenguaje vulgar gráficamente dice: cuando sus ideas varían se completan ó cambian. Y el sentido comun atribuye una influencia tal á estas ideas, al conocimiento de estos principios racionales sobre el hecho *práctico*, que las frases comunes, *es hombre de bajas ideas*, de elevados pensamientos, y sus contrarias, se aplican sin violencia á las costumbres. Ni tampoco le es desconocida la serie de las edades y su importancia como manifestaciones del desarrollo total individual, en armonía con el conocimiento que ha alcanzado; así es que la inocencia y la ignorancia son epítetos que sin querer aplicamos al niño, y al pronunciar estas palabras ya entendemos la una y la otra juntamente. Píntase al adolescente llevado por sus pasiones como inesperto auriga por indómitos y fogosos caballos, vemos el cálculo en el que ha corrido en el mundo largos años, y elogiamos la prudencia y la templanza en el ya maduro.

Despues de estos hechos necesitaré yo insistir en que

esta marcha es paralela hasta en sus últimos detalles? Pues qué, ¿no vemos corresponder al triple movimiento racional que hemos encontrado en la segunda edad un estado tambien de expansion en que lo amamos todo, y todo lo que-remos conseguir? ¿No vemos seguirse á este otro de retrai-miento en que nos encerramos en nosotros, sordos á toda escitacion, desengañados, como decimos? ¿Y todavía no ve-nimos de nuevo á la sociedad y á la naturaleza, no ya con el ardor primero, que ni gozar sabe, sino con fria medida y con serena calma?

Empero no es tan desgraciado el destino del hombre, no tan pobre su fin aun en esta tierra, que esté condenado á una lucha en que puede sucumbir y no triunfar. La Filosofía nos presenta un ideal mas alto; la Religion nos enseña que hay elegidos á quienes es posible realizarlo, y la Historia, sino ti-pos perfectos, graba en sus eternas páginas modelos cada vez mas acabados que copiar. Llega un dia en que la fuerza de las pasiones se debilita, en que los cálculos del interés no nos seducen, en que nos volvemos á Dios, en fin.

Mas en este dia de cosecha no recogeremos sino lo que he-mos sembrado. Si nuestro pensamiento de Dios es estrecho é incompleto, esparcirá su error por todas partes; si cerra-mos los ojos por no verlo, solo caminaremos entre tinieblas; pero si lo conocemos en su realidad, nuestro pensamiento y nuestra obra se acordarán con El.

Aquí, en esta tercera edad (1), nada debe impedir ni tur-bar en nosotros la aplicacion de las ideas á la práctica mas que la propia limitacion. Pero hay algo fuera de nosotros. Pues qué, ¿ha habido en algun tiempo pensador que, ade-lantándose á su siglo, no haya sido perseguido y conde-nado por él? Paréceme ver en estos momentos la severa pero tranquila faz de Sócrates esplicando con palabra sublime la

(1) Altmeyer, cours de philosophie de l'histoire septiem le-çons, pag. 173 y siguientes.

inmortalidad del alma mientras abrasaba sus entrañas el fatal veneno con que el pueblo mas culto de la [Grecia] pagaba sus enseñanzas morales y su respeto á las leyes: á Platon, cuya alta ciencia no ha sido agotada hasta el dia; Platon, que pareció á muchos padres inspirado de Dios, ¿no tuvo tambien que huir ante un tirano? Y Aristóteles... pero á qué cansar vuestra atencion; ¿cuenta la humanidad entre los filósofos que respetamos hoy alguno que no haya ceñido mas ó menos la corona de mártir?

Detengámonos un momento: hemos visto ahora cómo la razon se desenvuelve inconscia primero, reflexiva luego, y vá influyendo mas y mas segun que es mas esclarecida en las distintas edades; pero quedan algunos datos por apreciar. Es el primero, que haciendo el espíritu su vida como ser libre, nada adquiere sino por su propio esfuerzo; así, pues, no es de estrañar que haya hombres que se detengan en los primeros grados de la escala sin recorrerla hasta su fin. Y puesto que el mismo sol irradia en toda inteligencia, ¿á qué sino al desprecio que hacemos de su luz, debemos culpar de nuestras tinieblas? Si desdeñamos esta claridad inmediata é intensa por la lejana y crepúscula del sentido, ¿no nos esponemos á tomar sombras por realidades? Y si en el augusto santuario de la conciencia cubrimos con un velo la ley que nos hace libres, ¿no somos nosotros mismos los que nos entregamos esclavos?

Hay, pues, en la creciente influencia de la razon dos causas apreciables: una necesaria, otra libre. Ninguno puede ser perfecto desde luego, como ningun artista concluir la estatua que nadie ha comenzado; pero está en su mano llegar á serlo.

La vida de un individuo no es, sin embargo, mas que una historia particular dentro de la historia toda. Hay, pues, otro desenvolvimiento racional mas completo. Pero este desenvolvimiento no está tampoco aislado en la humanidad, sino que forma como en el hombre una sola esfera

por mas que sea como en este la superior de su organismo.

La Humanidad, como el compuesto mas íntimo bajo el Sér Supremo del Espíritu y la Naturaleza, debe espresar en sociedad de una manera libre y originalmente buena y bella la idea y leyes eternas en que su esencia se funda. Cada uno de sus individuos puede dirigirse con preferencia á un fin especial, segun su vocacion. La reunion de hombres en un objeto dado, constituye un miembro interior del organismo que se liga con todos los otros mediante derecho. Empero estos miembros, igualmente necesarios, no pueden formar cuerpo ni sistema de una manera diferente de la en que están en el hombre y en el sér. Y siendo la razon la espresion mas íntima y pura de la idea divina en el hombre, debe tambien dirigirse á todos los restantes, y en lo tanto el progreso sucesivo de la conciencia filosófica, manifestacion de aquella, debe ser respetado por todos como medio de que sus adelantos se hagan mediante ciencias intermedias, patrimonio de la conciencia general.

Esto se hará mas claro estudiando la relacion que existe entre el sentido comun y la razon científica. Todo hombre que viene á este mundo hace suyo todo lo que hasta él se ha adelantado, reconociéndolo en general como verdadero, enseñanza que todos reciben y que cada cual se asimila á su manera, educacion en la que somos al par maestros y discípulos, que no nos abandona nunca, que hace posible la mútua comunicacion y nos suministra máximas y sentencias que aplicamos continuamente y sin otra investigacion ni crítica. Danos de este modo un suelo firme en que descansar para dedicarnos á objetos especiales con provecho de todos; la ciencia misma encuentra un guia que aunque incapaz para conducirla, sirve para moderar sus estravíos, y que aceptado por todos forma el único criterio de los mas.

No son, sin embargo, las verdades que contiene una revelacion general divina, como algunos creen, sobre lo que

no podemos elevarnos y que nos es imposible adelantar. La existencia y verdad de la ciencia, la naturaleza del espíritu y la comparacion del mismo sentido comun en diversos tiempos y lugares desmienten este aserto juntamente. No es difícil hallar el origen de muchas de sus reglas en las escuelas de los filósofos y la indecision; la contrariedad con que en no pocas ocasiones se explica, revela á las claras oposiciones aun no resueltas en superiores horizontes.

El sentido comun es un resultado de la ciencia, y le es en sus límites un auxiliar precioso; pero cuando se desconocen su origen y su naturaleza, cuando se toma por único juez absoluto é inapelable, puede dañarla y dañarse á sí. Si no admitimos algo que le sea superior, tendremos que sancionar todas las persecuciones que la verdad ha sufrido en su nombre, tendremos que condenarle á él mismo, porque el sentido comun de hoy no es seguramente el que acataron nuestros abuelos.

Toda verdad debe ser aquilatada en la ciencia antes de vivificar al mundo; pero reconocida y contrastada como tal, la conciencia general debe respetarla y aspirar á asimilársela. Y puesto que la libertad es la forma con que la voluntad se efectúa en tiempo, y es tanto mas perfecta cuanto es mas racional, es evidente que nadie debe turbarla ni comprimirla mientras no ataque otra libertad, mientras se realice segun derecho.

Mas este respeto é influencia sigue en la historia de la humanidad una marcha enteramente semejante á la que hemos encontrado en la vida del hombre. La índole de este trabajo nos impide entrar en detalles minuciosos, pero una ojeada general nos bastará para convencernos de ello, y aun para inducir de lo pasado á lo futuro.

En los antiguos pueblos orientales, en que el sistema de castas oponia una balla insuperable entre el sacerdote que conservaba la ciencia, como el fuego sagrado, lejos de los profanos, y lo restante del pueblo, este no podia concebir

hacia ella mas que un respeto puramente exterior que para nada influa en sus adelantos. De aqui ese estado singular de paralización en regiones tan favorecidas; esa simbólica inamovilidad que nos asombra, esas obras gigantescas pero sin animación en que es imposible leer el pensamiento del artista. Pueblos de tan escasa libertad moral que las acciones mas sencillas están reguladas por el rito, pueblos para los que no hay tiempo por que no viven.

Anúnciase el movimiento filosófico entre los griegos con una libertad y una variedad sin imitadores, mas fáltanle á la ciencia medios de comunicación y no pierde aun el carácter aristocrático. La división de las escuelas en isotéricas y exotéricas, la necesidad de iniciaciones especiales en algunas, la oposición del sentido religioso que en ellas se enseñaba con el comun del pueblo, que produjo los procesos de Sócrates y Anaxágoras, y mas que todo las célebres palabras de Alejandro á su maestro «¿si enseñas á todos lo que á mí, en qué nos diferenciaremos del resto de los hombres?» prueban cuán apartados estaban todavía los unos y los otros; ¡mas si se atiende á que entre los hombres no contaria Alejandro á los esclavos! Sin embargo, la ciencia halla en los griegos una comunicación aunque lejana en el arte, y una aplicación aunque imperfecta en la política.

Como en Grecia influye por la belleza, penetra la filosofía en Roma por el derecho, pero aparte de que falta á la reina de las ciudades el génio creador de su institutora, no disimula á aquella su enemiga achacándole la corrupción de las costumbres, y los filósofos y los cristianos son mas de una vez confundidos en las iras imperiales. Rara vez se toma tampoco aun por sus amigos como estudio sério (1), sino mas bien como ramo conveniente de cultura ó útil aplicación á la retórica. Asi es que vemos á muchos de sus hombres mas

(1) C. Nep. Vit. Exc. Imp. Themist., vii Véase tambien la diferente conducta de este, iv y v, y de Jerges ix.

eminentes, á Ciceron y Horacio, cambiar de sistema segun que así satisfacian al interés politico del momento ó alhagaban el humor de su patrono.

El cristianismo, socialmente considerado, produce un renacimiento total del hombre. Enseñando una union mas íntima entre este y Dios, hace que todos empiecen á mirarse como iguales en tanto que hijos de un mismo padre, y á ayudarse como hermanos; endúlzanse las costumbres; méjoranse las relaciones entre marido y mujer, padre é hijo, y las mas altas verdades hácese patrimonio del pueblo mediante la predicacion y la enseñanza.

Halláronse los primeros Padres en presencia de la corrupcion mayor de que hay memoria, y fueles necesario aplicarse desde luego á desarrollar el lado ideal y moral de la doctrina contra el naturalismo antiguo; y ¡qué extraño que en esta lucha se manifestase por alguno cierto menosprecio á la naturaleza y á la filosofía, limitacion de que la Iglesia al cabo ha hecho justicia!

Bien pronto las necesidades de la defensa y de la enseñanza hicieron que se uniesen las que al principio pudieron mirarse como rivales, entrando, es verdad, en esta union la filosofía como sierva, pero sierva que ganaba cada dia mas en la consideracion de la Señora. De este modo pudo ayudar á la Teología en la grande obra de la organizacion de la Iglesia y de la enseñanza de los pueblos del Norte que la mano de la Providencia conducia á regenerar la civilizacion caduca del Occidente.

Poco adecuados eran aquellos tiempos de continúa movilidad de guerra permanente en que los restos del saber se conservaban menguados y con trabajo en los monasterios y en las escuelas palatinas en que se hablaba una lengua ya desusada del comun de las gentes, para que pudiera establecerse un comercio animado entre la ciencia y la sociedad de entonces; y sin embargo, quien recuerde los concilios toledanos, las capitulares de Carlomagno, la paz de Dios,

la caballería, los sentimientos de honor, lealtad, de respeto á la mujer que supieron inspirar, ¿podrá negar á aquellos sabios monges una importancia mayor que la que tuvieron Platon y Aristóteles en Roma, y aun entre la generalidad de los ciudadanos de la misma Atenas?

Y en las virtudes morales, la virtud se interioriza por decirlo así; no son ya solo acciones que tienen por fin el estado las únicas dignas de alabanza, sino que la virtud comienza á echar una raiz profunda en el individuo. Preciso es confesar que en la generalidad, que es de lo que aquí tratamos, tiene todavía un arraigo superficial el honor; el respeto á la palabra y al juramento, no son el bien todavía, pero conducen á él.

Quien compare á Temístocles (1) engañando á persas y espartanos por servir á su pueblo, á Hipócrates, á quien se concedió la ciudadanía de Atenas por no haber querido asistir á los enemigos de los griegos en tiempo de peste, á Ca-

(1) Estos no son hechos singulares sino característicos de esta época. Para hacer ver cómo se entendían la política y la lealtad en estos tiempos, copiamos las palabras que Cornelio Nepote, panegirista mas que biógrafo, pone en boca de Milciades, que de orden de Dario guardaba el puente por el que este pasó el Helesponto. Miltiades hortatus est pontis custodes ne á fortuna datam occasionem liberandæ Græciæ dimitterant. Nam si eum iis copii quas secum transportaverat interiisse Darius non solum, Europam fore tutam sed etiam qui Asiam incolerent Grecii generis liberos á Persarum futuros dominatione et periculo. Id et facile effici posse ponte enim rescisso regem vel hostium ferro vel inopia paucis diebus *interiturum*. Y el consejo se desecha, porque se temen, con Histilo de Mileto, que una vez destruido el poder del gran Rey, «*ipsos potestate expulsos civibus suis pœnas duros*. Itaque adeo se abhorrere á ceterorum consilis ut nihil putet ipsis utilius quam confirmari regnum Persarum. Vit. Exc., Imp., Milt. III.» No se revela menos este sentido estrecho que no se levanta sobre la ciudad ó el partido en las biografías de Conon, Alcibiades, Buto, etc., y hasta en hechos reputados heróicos en hombres y pueblos. Sócrates mismo amaba mas á los griegos que á los bárbaros, y á los amigos que á los enemigos; y César, que se levanta á altas concepciones en la vida pública, es inmoral en la privada.

ton, al virtuoso Caton, el revendedor de esclavas (1), con los cumplidos paladines cristianos y sus santos anacoretas, no podrá menos de dar á estos la preferencia (2).

Pero, salvas honrosas escepciones, no fueron estos siglos un modelo que no dejara desear nada mejor; y aunque de lejos, algo de mas completo era presentado.

Muchos sucesos importantes contribuyeron á este resultado (3). En el órden físico, atrevidos viajeros y navegantes, entre los que no cupo poca gloria á los hijos de nuestro suelo, mostraron con el descubrimiento de nuevos continentes y mares cuán erradas eran las ideas que acerca de la superficie de la tierra se tenian; ofrecieron nuevo campo á la actividad humana y nuevas plantas animales, monumentos, razas y sociedades que estudiar. No bastaba ya la es-

(1) Limitacion semejante á la que produjo el socialismo en la Edad Antigua, produce en la Edad Media el individualismo con sus privilegios de familia y el exclusivismo religioso. Durante la cruzada contra los albigenses, en la toma de Bessieres, preguntado á un Obispo cómo se distinguirian á los católicos para salvarlos del degüello, contestó: «Matadlos á todos, que Dios reconocerá los suyos.» Los nobles franceses se querellan en otra ocasion porque los plebeyos les apellidan hermanos, y en los fueros de Aragon se escribe que los ricos-hombres por delito puedan descender hasta la clase de vil pechero. Esto, sin contar tantos derechos abusivos.

(2) C'est la civilisation qui á fait sentir á l'homme l'unité du genre humain qui lui á vérité pour ainsi dire les liens de consanguinité qui l'attachent á des êtres dont les langues et les mœurs lui sont etranges. *Alx. de Humboldt Voyage aux regions equinoxiales du nouveau continent, cap. xxiii.*

(3) Lorsque sous le ciel étoilé de Philippes, le poignard en main et renvoyant le fantôme fatidique de Sardes Brutus se crie. «Vertu vain mot vaine ombree esclave du hasard ¡helas! ¡je cru en toi!» je ne reconais la que le disciple de Caton si Brutus avait posédé la vertu veritable, la vertu en Dieu il aurait en ce moment supreme senti tout ce qui elle offre de sublimes consolations d'inefables soulagements; il aurait compris que la victoire de Octave avec toutes ses consequences, tenait á l'ordre général et necessaire du monde; mais si la vertu n'était que du vide et du naturalisme romain quelle merveille alors que le plus faible su combât sous le plus fort. *Cours de Philosophie de l'histoire, par J. J. Atmeyer Bous. 1840.—pág. 40 - 37*

trecha física de los antiguos, y al levantar los ojos al cielo se alumbraron con los rayos de nuevas estrellas y planetas. Lo que Colon y Vasco de Gama hicieron con sus felices empresas para el conocimiento de la corteza de nuestro globo, logró Galileo con su anteojo y sus cálculos para acercar esa inmensidad de astros que flotan en el espacio, y determinar el lugar que entre ellos ocupa nuestra morada presente. Y desde entonces acá, cada hecho ha revelado una ley; ¿qué digo? en los mas comunes, en los, al parecer, mas insignificantes, ¿no se ha visto salir fuerzas poderosas é incansables con las que se ha podido descender hácia el centro de nuestro planeta, y averiguar el secreto de su formacion y de sus creaciones, ascender sobre la atmósfera, vencer las tempestades, la distancia, crearse obreros infatigables en que descansar, libertándose en parte de la tutela de la Naturaleza, y encontrar nuevos órdenes, el de lo infinitamente grande con el telescopio, y con el microscopio el de lo infinitamente pequeño?

Y en la Química... pero no es nuestro ánimo enumerar la serie de conquistas con que se honran los últimos siglos, y que están presentes á todos; bastan las citadas para comprender que eran necesarios nuevos métodos y criterios nuevos, y esta obra solo á la Filosofía podia ser encomendada.

Habian cambiado las relaciones del hombre con la Naturaleza. De discípulo dócil, que espera pacientemente la palabra del maestro, convirtiose en juez que le interroga, y era necesario para esto no solo venir armado de una inteligencia clara y voluntad recta, sino tambien de una ciencia anticipada que señalara por lo menos el orden y la gradacion de las cuestiones. No eran ya la 'ciencia y especialmente la filosofía el silogismo sin contenido de la Edad Media, propio para aguzar el ingenio y brillar en la escuela, ó á lo sumo para enseñar la verdad hallada, sino una ciencia y una filosofía inventiva que nó quedaba encerrada en el claustro ni entre los doctores, sino que se dirigia á todos por mil partes y ma-

meras en las artes liberales y mecánicas en los usos mas ordinarios y en las cuestiones mas elevadas.

En el orden literario, la toma de Constantinopla por los turcos trajo á Europa los restos del mundo clásico, y un nuevo ardor filosófico se desplegó al estudiar á los maestros griegos en sus propios libros, y no en las traducciones, no siempre fieles de los árabes, y al ver el crecido número de platonicos, aristotélicos, pitagóricos y hasta epicúreos y escépticos que poblaban la Italia, se la hubiera podido confundir con la época en que se la llamó la Magna Grecia: sus artistas reproducian el arte griego; el griego se hallaba en sus escuelas; los poetas imitaban á Anacreonte y á Homero al par que á Ciceron y Virgilio, y un no sé qué de pagano parecia sombrear desde las mas elevadas basílicas hasta los libros mas austeros. Todo lo que habia hecho la Edad Media se desprecia; pero esto era solo la preocupacion del momento; pronto habia de cambiarse el viento de la opinion, y se buscó el ideal del arte en el castillo y en la iglesia, como antes en la basílica y en el foro.

Y esta oposicion entre el arte clásico y el romántico, entre Esquilo y Sóphocles, Shakespeare y Calderon, la Ilíada y los romaneros, pedia reglas ciertas para decidirse, y no sujetándose ya los espíritus á la autoridad que habian roto, daban con esto á la razon otro trabajo y otra causa de influencia.

En el orden político Papas y Emperadores habian guerreado apoyados cada uno en un derecho, el romano y el canónico; y aunque vencidos los segundos en la cuestion de las investiduras y arrojados del trono los Hoenstauffen, no faltaron príncipes que la continuaran con un encarnizamiento tanto mayor, cuanto mayores eran las fuerzas de que disponian y la astucia de la diplomacia. Era, pues, necesario tambien un derecho comun superior al derecho histórico, el superior de los antiguos, el *jus gentium*, y apareció el derecho natural.

En el orden religioso la Reforma, rompiendo la unidad

de conciencia, llevó la discusión y la crítica á verdades ya asentadas y á doctrinas admitidas; y la Filosofía debió prestar á estas formas y argumentos como criterio por todos aceptado. Las revoluciones políticas que trajo consigo, crearon nuevas relaciones entre súbditos y señores; y al pedir á la razón su fallo, no fue ya el derecho público una esperanza lejana que realizar, sino algo que ejecutar inmediatamente, ó por la vía lenta pero segura de la legalidad, ó por la rápida y tempestuosa de las revoluciones.

De este modo la Filosofía ayuda á la Religión, dirige el derecho, la política, la ciencia y el arte en toda la edad moderna, y por estos medios penetra la ciencia y la vida juntamente. La facilidad de las comunicaciones y la imprenta, que multiplica en proporciones casi infinitas el pensamiento, le hacen patrimonio de todos.

Pero desde que con Bacon y Descartes rescató la independencia, adviértese en su seno una escisión profunda, un lado idealista, otro sensualista que se combaten en todas las esferas, sin que ninguno de ellos pueda vencer ni ser completamente vencido, como que ambos representan algo de verdadero en la humanidad. De ahí esa oposición que al principio indicábamos, esa perturbación en todas partes que, aunque mas fecunda que la inmovilidad anterior, no funda ningun estado definitivo.

Hay en la humanidad, como en el hombre, días de juventud fogosa, en que se pretende derribarlo todo sin pensar en edificar todavía; y esa edad de las pasiones es la era de las revoluciones en los pueblos. En el siglo xviii creyó una filosofía superficial haber hallado remedio á todas las enfermedades cuando apenas empezaba á vislumbrar sus causas. Reconocida luego de su error, háse encerrado por espacio de medio siglo en universidades y academias, y al presentar hoy el resultado de sus trabajos, no pide adhesiones ciegas, aunque aspira á ganarse convicción: dispuesta á rechazar todo error, suplica solo fácil acceso á sus verdades.

El sentido comun mas ilustrado opondrá cada vez menores resistencias ; el ideal divino, mostrándose mas claro á la razon, se desarrollará en la historia, mas en armonía con todo ser y vida, siendo como el iman central sin el que todos los cuerpos vendrian á chocar y á destruirse. Cuando tanto admiramos los portentosos resultados de esa civilizacion clásica herida en su seno de tantos modos, y que se estendia apenas por las riberas del Mediterráneo, ¿cuánto mayor no será nuestro asombro si adelantando el porvenir pensamos en una sociedad de pueblos mejor constituida que se asienta á las orillas del Atlántico y del Pacífico? Y si con el hombre de ayer comparamos el de hoy, ¿por qué no esperar para nuestros hijos destinos mejores? ¿Por qué, puesto que la razon influye ahora como nunca, no esperar obstáculos menores para mañana?



El sentido común mas ilustrado opone á cada vez menores resistencias; el ideal divino, mostrándose mas claro á la vez, se desarrolla en la historia, mas en armonía con lo que ser y vida, siendo como el iman central sin el que todos los cuerpos vendrían á chocar y á destruirse. Cuando tanto admiramos los portentosos resultados de esa civilización clásica herida en su seno de tantos modos, y que se extendió apenas por las riberas del Mediterráneo, ¿cuánto mayor no será nuestro asombro si adelanzando el porvenir pensamos en una sociedad de pueblos mejor constituida que se asienta á las orillas del Atlántico y del Pacifico? Y si con el hombre de ayer comparamos el de hoy, ¿por qué no esperar para nuestros hijos destinos mejores? Por qué, puesto que la razón influye ahora como nunca, no esperar obstáculos menores para mañana?

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0746